

A partir de los resultados electorales se inicia la segunda fase del proceso democrático de nuestro país. Si el 15 de junio fue el prólogo de la fase constituyente, el 1 de marzo es la víspera de la fase de la consolidación de la democracia. Conviene recordarlo, porque a tenor de algunas argumentaciones electorales podría dar la sensación de que aún seguimos en el período constitucional, o de que ya estamos en una democracia consolidada, donde es posible no sólo un juego democrático normal, sino también el planteamiento de una alternativa socialista frente a una opción socialdemócrata. Y no es así porque los procesos políticos, al ser definidos por las tareas que tienen que cumplir, indican que únicamente estamos delante de la consoli-

da de la primavera de 1976. Retroceso crucial, puesto que marcaría de un modo bipolar el desarrollo de las leyes orgánicas, la reforma de la Administración y el plan de saneamiento económico.

Pero tampoco estamos saliendo de un sistema dictatorial donde haya que arbitrar mecanismos excepcionales para la política. Nuestra situación está a mitad de camino entre un proceso constituyente y una democracia consolidada. De ahí que excluya tanto el recurso a la excepción (gobierno de concentración) como el recurso a la normalidad (juego democrático poder-oposición) para mantenerse a caballo entre una fórmula mini-excepcional (gobierno de coalición) y el respeto al veredicto de las urnas (alianza entre partidos

sólo sería posible —si las condiciones socioeconómicas lo permitiesen— después de consolidar un marco democrático. Nunca antes, porque sería poner la carreta socialdemócrata delante de unos bueyes que no conocen más camino que la pura y simple democracia.

Los tres tipos de tareas y contenidos de la actual fase del proceso político de nuestro país no dejan hueco para veleidades socialdemócratas. Desarrollar cincuenta leyes orgánicas, democratizar y modernizar el aparato estatal adecuándolo al proceso democrático y corredactar y co-dirigir un plan de saneamiento económico no permite muchas filigranas políticas. Podrá tener una dimensión más progresista o un acento menos conservador, pero nunca podrá inscribirse

portugués. Desarrollo de la democracia o su congelación es la dialéctica que va a pender sobre nuestras cabezas hasta el primer tercio de la década de los ochenta. Hasta entonces será mejor no perder el tiempo con dilemas falsos.

Y con ello queremos referirnos única y expresamente a la posibilidad de aplicar gubernamentalmente un programa socialdemócrata. Lo que no tiene nada que ver con los procesos de socialdemocratización que están produciéndose en todas las organizaciones de izquierda de nuestro país con muy pocas excepciones, puesto que hasta la llamada izquierda extraparlamentaria conoce también el desarrollo interno de esta tendencia ideológica. Porque estos socialdemócratas, bien instalados tanto en el PSOE

LAS VISPERAS DE LA CONSOLIDACION

ción de un sistema democrático para el que carecen de valor fórmulas teóricamente válidas para un proceso constituyente (política de concentración) y esquemas de una democracia arraigada (dialéctica poder-oposición).

Es precisamente este carácter del proceso democrático español el que delimita con claridad las dos únicas opciones viables aquí y ahora: un paso hacia atrás (centro-derecha), con la formación de un Gobierno típicamente franquista (Suárez, Martín Villa, Abril Martorell, Manuel Fraga, Alfonso Osorio, José María de Areilza), o un paso hacia delante (centro-izquierda), en base a un equipo UCD-PSOE con el acuerdo subordinado y el sostén crítico del PCE. Porque considerar que la hipótesis del centro-derecha es encajable en la difícil operación de consolidar la democracia —reservándose la izquierda para el futuro al ahorrarse un desgaste político considerable— es no tener en cuenta que en España no ha terminado todavía el combate entre la derecha autoritaria y el conjunto de las fuerzas democráticas. La misma forma en que se ha producido la salida de la dictadura aumenta todavía más las consecuencias y repercusiones de esta dura resistencia antidemocrática. De esta forma el centro-derecha, que en cualquier país europeo es una alternativa democrática más, en España —en las actuales circunstancias— sería el primer paso involutivo des-

con mayoría democrática). Si, además, no se hubiesen celebrado ya dos consultas electorales todavía podría hablarse de un Gabinete de cooperación democrática, como ocurrió en todos los procesos constituyentes europeos, donde ninguna fuerza política conocía su base electoral. Pero al haberse producido la salida de la dictadura, el proceso constitucional y los resultados electorales, esta hipótesis es totalmente inviable. No hay un solo caso histórico de formación de tal Gabinete en período posconstituyente, salvo gravísimas catástrofes nacionales. De lo contrario la constitución de un Gobierno tricolor es pura ficción, salvo que el triángulo de escaños no fuese tan exageradamente isoscelico.

Un dilema de mañana

De donde se deduce que no hay más salida progresista, viable aquí y ahora, que la que aparece enmarcada por la fórmula del centro-izquierda. Que no hay que entender como sinónimo de eufemismo de una política o alternativa socialdemócrata. Quienes ahora afirman que no hay sitio para una política socialdemócrata en España enuncian una evidencia que suscribirían completamente los socialdemócratas organizados en UCD o en el PSOE. Una línea de tal contenido



La fórmula del centro-izquierda, única salida progresista, no debe entenderse como sinónimo de una política socialdemocrática. En la foto, Felipe González saluda durante un mitin en Barcelona.

dentro del cuadro de conceptos que definen a un programa socialdemócrata. Los cuatro años próximos, duración de la legislatura que acabamos de elegir, van a ser decisivos para saber no si va a triunfar o no la socialdemocracia, sino para conocer si la segunda experiencia democrática española en el siglo XX se consolida o si, por el contrario, entraremos en la vía involutiva de tipo

como en el PCE y en los extraparlamentarios, tampoco tienen la posibilidad de aplicar su línea política, aunque se beneficien de una situación que no permite alternativas viables que excedan del marco democrático. Con lo que queremos señalar el carácter prematuro de este debate en relación con el enfoque global de la específica y concreta realidad española. Lo que no excluye, todo



Las posiciones de algunos sectores del PCE y de CC. OO. serán las dos primeras manifestaciones de dos respuestas adversas a la política del centro-izquierda. En la foto, mitin del PCE en la plaza de toros de Valencia.

va de rentabilizar con una fuerte oposición político-sindical la presencia del PSOE en el Gobierno. No tardaremos en ver todas estas manifestaciones en los próximos congresos provinciales o nacionales de los dos partidos y las dos centrales sindicales de la izquierda. El intento de someter la participación socialista en el Gobierno a la aprobación de un congreso extraordinario, por parte de los socialistas partidarios de seguir en la oposición, y las posiciones de algunos sectores del PCE y de CC. OO. serán las dos primeras manifestaciones de dos respuestas adversarias a la política de centro-izquierda.

Pero el conjunto de estas dos organizaciones no parece encaminarse por estas posturas cerradamente partidistas, maximalistas y sectarias. Al contra-

N DE LA DEMOCRACIA

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

lo contrario, su anticipación dialéctica interna en el seno de los partidos de izquierda. Porque hasta ahora ni siquiera el PSOE podría hacer una política socialdemócrata.

Los objetores por la derecha

Por supuesto que esta alternativa meramente democrática —hay que insistir en ello, dado que en los últimos días la necesidad electoral ha llevado a presentar una seudodicotomía entre una ausente vía socialdemócrata y una inexistente vía socialista— tiene enemigos y adversarios tanto por su derecha como por su izquierda. Para no englobarlos, lo que sería un grave error político, conviene examinarlos desde las dos ópticas distintas que suponen ser hostil o adverso desde uno u otro bloque sociopolítico.

Aparte los grupos abiertamente fascistas, el enemigo número 1 de esta fórmula es la derecha autoritaria, aglutinada en la llamada Coalición Democrática. Al bloquearse la posibilidad de bipolarizar al país en dos bloques sociales, buscando reeditar la experiencia histórica de 1936, la democracia será un hecho consolidado sin perspectivas, por lo menos a corto y medio plazo, de montar una salida extraparlamentaria de corte lusitano. El deterioro de la crisis política, económica y social quedaría cortado

en seco frente a la potencialidad conflictiva que entrañaría una vía de centro-derecha: leyes orgánicas redactadas en sentido regresivo, congelación de la reforma de la Administración y de los aparatos de Estado, plan de saneamiento económico antipopular y antiobrero, etcétera.

Es justamente este abierto carácter antidemocrático el que provoca que su mano sea rechazada por Unión de Centro Democrático. Esta constatación, unida a su inferioridad electoral, por debajo incluso de un partido duramente perseguido en la clandestinidad, y al dato objetivo de que más de la mitad del país vota por partidos de izquierda, lleva a la derecha a montar un puente entre los dos bloques sociales en lugar de ahondar el abismo entre ambos, como pretenden los neofranquistas de Coalición Democrática. Porque el centro-izquierda no es una elección de la derecha, sino una imposición dictada por la realidad, teniendo en cuenta los datos mencionados, si realmente se quiere consolidar la democracia.

Tan es así que el sector conservador de UCD se limita a ser un adversario y no un enemigo abierto declarado, como ocurre en cualquier país europeo. De ahí que su objeción teórica se combine, vaya a combinarse, con una práctica colaboracionista. Estos adversarios pretenden ser el ángel de la guarda de la derecha en el gobierno de coalición entre la

derecha y la izquierda, intentando orientarlo en el sentido más centrista posible, en espera de que la consolidación de la democracia varíe sensiblemente la correlación de fuerzas. Aunque habría que matizar que esta posición adversaria, aparte de buscar uno u otro tipo de centro-izquierda, busca no pagar los costes internos en el interior de UCD y reducir al máximo la rentabilidad que pudiesen sacar los socialdemócratas del partido gubernamental.

Los disidentes por la izquierda

Idéntica matización hay que establecer en el campo de la izquierda añadiendo una tercera calificación oscilante entre quienes son partidarios y quienes son adversarios. Fuera de parte de la izquierda extraparlamentaria no hay enemigos de esta fórmula política en este bloque social. Sin embargo, los planteamientos adversos, o críticos o favorables, se dan simultáneamente en cada uno de los partidos restantes donde se combinan todos los matices.

Los adversarios se concentran tanto en algunos sectores del PSOE, temerosos del desgaste político que ello pueda suponer para el socialismo en beneficio del comunismo, como en algunas corrientes no cristalizadas del PCE, tentadas ante la perspecti-

va de rentabilizar con una fuerte oposición político-sindical la presencia del PSOE en el Gobierno. No tardaremos en ver todas estas manifestaciones en los próximos congresos provinciales o nacionales de los dos partidos y las dos centrales sindicales de la izquierda. El intento de someter la participación socialista en el Gobierno a la aprobación de un congreso extraordinario, por parte de los socialistas partidarios de seguir en la oposición, y las posiciones de algunos sectores del PCE y de CC. OO. serán las dos primeras manifestaciones de dos respuestas adversarias a la política de centro-izquierda.

rio, parecen decididas a alinearse dentro de los planteamientos críticos que señalábamos al comienzo cambiando su apoyo y sostén con las críticas. Táctica que para el PCE esconde el nada disimulado objetivo de ampliar este Gobierno de coalición en la dirección de la política de concentración y para los socialistas críticos el de interpretarlo en el sentido más de izquierda posible. Y ello pasa, tanto para los objetivos de los primeros como para los fines de los segundos, por no marginar a los comunistas en un "ghetto".

Posiciones de partida que pueden variar dado que el desarrollo de esta política de coalición entre los dos grandes partidos no estará exenta de contradicciones y tensiones que podrán modificar este inicial mapa de comportamientos y actitudes ante la política hegemónica a la hora de consolidar la democracia. De hecho, aun cuando todavía no se ha plasmado esta irreversible política de un modo oficial, la primera polémica está ya desarrollándose implícitamente en torno al tipo de centro-izquierda a llevar a cabo. Porque hay dos interrogantes claves: ¿UCD-PSOE o PSOE-UCD?, primera incógnita de peso; ¿grado de participación de los comunistas o lo que sería peor, participación o no de los comunistas?, segunda incógnita de especial significado si atendemos a que CC. OO. es la primera fuerza sindical. ■